

—He estado mirando las pinturas de su marido.

—No entiendo mucho de eso, pero creo que son preciosas. Él dice que no son buenas, pero solo lo dice por modestia —dijo riéndose con sorna—. Mi marido es muy sociable y sus cuadros no podrían haber sido suficiente recurso para financiar los gastos de la familia, por eso ha tenido que hacer algo más de provecho.

Después de un tiempo le dio pereza pintar, y un buen día lo dejó del todo porque no creía tener talento, pero para mí sus cuadros son más bonitos que todas esas pinturas modernas. Supongo que usted no tendrá la misma opinión.

—Los cuadros de su marido son muy bonitos —le espetó Jenny—, especialmente su retrato, me parece precioso.

—Sí, pero no se me parece mucho, no me veo favorecida en absoluto —rio de nuevo con su risa amarga—. No, no se puede decir otra cosa. Creo que pintaba mejor antes de imitar a esos pintores que eran modernos entonces, Thaulow, Krogh y los demás.

Jenny se bebió su vino en silencio mientras la señora continuaba hablando.

—Me hubiera gustado invitarla a comer, pero, señorita Winge, tengo que hacerlo todo yo, como ve, y su visita nos ha pillado por sorpresa. Espero que pueda venir en otra ocasión.

Jenny entendió que la señora Gram quería que se marchara, y comprendió que no tuviera criada. Estaba preparando la comida, así que se despidió. Por la escalera se encontró con el señor Gram, o eso creyó. Cuando pasó junto a él, le pareció que tenía un aspecto muy juvenil, y que sus ojos, de un intenso azul, brillaban.